

TIRZA

ARNON GRUNBERG



TRADUCCIÓN: CATALINA GINARD FÉRON

ELEFANTA EDITORIAL

TIRZA

COLECCIÓN EUROPA

TIRZA

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL
TIRZA

2006 by Arnon Grunberg
First published in 2006 by Nijgh & Van Ditmar, Amsterdam

Este libro fue publicado con el apoyo
de la Fundación neerlandesa de letras.

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

Primera edición, 2020

D.R. © 2006, Arnon Grunberg

D.R. © 2020 Catalina Ginard Féron, por la traducción

Director de la colección: Emiliano Becerril Silva

Diseño de portada: Irasema Fernández

Formación: Lucero Vázquez

D.R. © 2020, Elefanta del Sur, S.A. de C.V.

Tamaulipas 104 interior 3,
Col. Hipódromo de la Condesa
C.P. 06170, Ciudad de México

imailiano@gmail.com

www.elefantaeditorial.com

 @ElefantaEditor

 elefanta_editorial

ISBN LIBRO IMPRESO: 978-607-9321-96-3

ISBN EBOOK: 978-607-9321-97-0

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

TIRZA

ARNON GRUNBERG

TRADUCCIÓN: CATALINA GINARD FÉRON

Una pareja es una conspiración en busca de un crimen.
El sexo suele ser lo más parecido que encuentra.

Adam Phillips

ÍNDICE

[I. El alquiler](#)

[II. El sacrificio](#)

[III. El desierto](#)

I. EL ALQUILER

1

JÖRGEN HOFMEESTER ESTÁ EN LA COCINA CORTANDO atún para la fiesta. Con la mano izquierda sujeta el pescado crudo. Maneja el cuchillo tal como aprendió en el curso «Cómo hacer sushi y sashimi en casa», al que asistió con su esposa hace cinco años. El secreto está en no aplicar demasiada presión.

La puerta de la cocina está entreabierta. Tal como esperaba Tirza, hace calor. Ella lleva unos días siguiendo de cerca las previsiones meteorológicas, como si el éxito de su fiesta dependiera del tiempo.

Dentro de un rato, los invitados ocuparán el jardín. Pisotearán algunas plantas. Algunos jóvenes se sentarán en la pequeña escalera de madera que lleva al salón, otros se instalarán en las cuatro sillas de jardín que Hofmeester compró cuando se mudaron a esta casa. Y seguro que los habrá que ocupen el pequeño cobertizo donde, después de otras fiestas, Hofmeester ha encontrado botellas de cerveza vacías y copas de vino medio llenas junto al cortacésped, o botellas de bebidas de nombres exóticos alrededor de la motosierra con la que él poda el manzano en primavera y otoño. Una bolsa de patatas fritas que alguien olvidó abrir y que él se comió distraído una mañana.

Tirza ha dado otras fiestas, pero esta noche es diferente. Las fiestas, al igual que las vidas, pueden ser un fracaso o un éxito. Aunque Tirza no lo haya dicho, Hofmeester sabe que esta noche es decisiva. Tirza, la menor de sus hijas, es la que ha salido mejor. De hecho, ha salido estupendamente, tanto por dentro como por fuera.

Hofmeester se ha arremangado la camisa. Y para protegerla contra las manchas, se ha puesto un delantal que compró tiempo atrás como regalo para el día de la madre. Tiene un aspecto más masculino de lo habitual. Hace seis

días que no se afeita. No ha tenido tiempo de hacerlo. Justo después de despertarse le han asaltado ideas que nunca había tenido, al menos no en esa medida: planes, recuerdos de las niñas cuando apenas gateaban, ideas que le parecieron brillantes a aquellas horas de la mañana. Ya se afeitará más tarde. Quiere resultar presentable y encantador. Y así lo verán los invitados a la fiesta: como un hombre que no ha vivido en vano.

Él se paseará ofreciéndoles sushi y sashimi, presentados como corresponde sobre una bandeja comprada especialmente para la ocasión en una tienda japonesa. Entablará una conversación con este o aquel, y como quien no quiere la cosa, dirá: «Prueba el sashimi de calamar». Hofmeester es lo que se llama un padre abnegado. Ese es el secreto de la paternidad: olvidarse de uno mismo por el bien de los hijos. El amor de padre es un sacrificio que se hace en silencio. Todo amor es sacrificio. Pero nadie lo notará. A él no se le nota nada. Unos lo felicitarán por las impresionantes notas de Tirza, algún profesor que haya sido invitado le preguntará qué hará ahora Tirza, y él contestará, bandeja en mano: «Primero viajaré durante un tiempo. A Namibia. Sudáfrica. Botsuana. Después regresaré para estudiar». Será un excelente anfitrión, uno con seis pares de ojos. No se limitará a ofrecerles comida y bebida a los invitados, sino que vigilará de cerca a los solitarios y a los abandonados. Hofmeester se asegurará de entretener a aquellos que no tienen a nadie más con quien hablar que la propia copa o un sushi. Ofrecerá su compañía a los invitados tímidos. Y habrá baile, también habrá baile.

Hofmeester hunde la mano en un cubo lleno de arroz tibio, amasa el arroz y mientras lo hace observa el marco de la puerta de la cocina como si nunca hubiese trabajado en esta encimera. Ve la pintura que se desconcha, una mancha en el papel pintado junto al marco donde fue a dar un zapato que Tirza le lanzó a la cabeza. Antes, ella le había

gritado «cretino». O fue después, él ya no se acuerda. Fue una suerte que la ventana no se rompiera.

Hofmeester mira el arroz que tiene en la mano. Los japoneses lo hacen mejor. El sushi de Hofmeester es amorfo. Se asombra de la entrega con la que lo amasa, del mismo modo que se asombra de las locuras de su pasado. El tipo de locura que no causa muchos estragos.

Vuelve a echar un vistazo a la pintura desconchada que le recuerda a su propia piel. Le recetaron una pomada para eso, pero lleva días sin ponérsela por falta de tiempo. Con el arroz en la mano, empieza a pensar en vender esta casa, su casa. Primero no se toma en serio la idea, le da vueltas como a esos asuntos que de todas formas no se harán realidad. Por ejemplo, criogenizarse después de muerto y despertarse cien años más tarde. Sin embargo, el convencimiento crece lentamente. Ahora es el momento. ¿Cuánto tiempo tiene que esperar aún, y a qué?

En otros tiempos habría rechazado de inmediato semejantes planes. Su casa era su orgullo y el manzano que había plantado con sus propias manos, su tercer hijo. Bien es cierto que ya se le había pasado por la cabeza la idea de deshacerse de la casa y del manzano si el agua le llegaba al cuello, pero no podía hacerlo. Era algo imposible, algo contranatural. ¿Adónde se iría con su familia? Además, el manzano no podía moverse del sitio. Él estaba atado a la casa, estaba atado a todo. Y cuando sus amigos y conocidos no tenían nada agradable que decir de él —cosa que sucedía de tanto en tanto—, siempre había uno que observaba: «Eso sí, Jörgen vive en un barrio de categoría».

Un barrio de categoría. Eso era esencial para Hofmeester. Las ambiciones tenían que desembocar en algún lugar, ¿no? Casi siempre era una dirección. Siempre que mencionaba su calle sentía cierta vehemencia. Como si su identidad, todo lo que era y lo que representaba, se sintetizara en una calle, un número y un código postal. Lo que revelaba quién era él y lo que quería ser —más que el propio apellido Hofmeester,

más aún que su profesión o el título de licenciado que a veces antepone a su nombre sin faltar a la verdad— era su código postal.

Ahora comprende que ya no necesita vivir en un barrio de categoría. Esa idea se le presenta como una liberación mientras cubre el arroz con un trozo de atún.

Le dijeron que era demasiado viejo para despedirlo. Y si eres demasiado viejo para que te despidan, también lo eres para vivir en un barrio de categoría. Eso deja de tener importancia cuando el asilo está a apenas diez años vista. Conoce a gente de su edad que ya sufre demencia. Aunque hay que decir que era gente que había bebido mucho.

Tiene que irse de esta casa, de este barrio, de esta ciudad, es lo único que puede pensar mientras busca el contenido de la palabra «solución». Hay personas que se despiertan por la mañana pensando: tiene que haber una solución para todo esto, así no puede seguir. Hofmeester es una de ellas.

Las niñas se han ido o se están yendo de casa, su trabajo ha quedado reducido a un pasatiempo vacío que ya nada tiene que ver con la productividad, solo con esperar. Podría irse al este. En otro tiempo, cuando estudiaba alemán y emitía opiniones sobre poetas expresionistas como si los hubiera conocido personalmente, tenía previsto irse a vivir a Berlín y escribir el gran libro sobre la poesía expresionista. Podría hacerlo ahora. Nunca es demasiado tarde para escribir un libro así. Podría pasarse sin su código postal, sin la impresión que causa su dirección en algunas personas ni la sugerencia de que vivir allí significa haber tenido éxito. El olor del éxito. Ahora que su hija menor se marcha a África, él tiene que desprenderse de su código postal. Ya no hace falta que asista a las reuniones de padres, ni que estreche la mano de ningún profesor. ¿A quién tiene que seguir impresionando?

Ha de admitir que lo único que le ata a este lugar son el sentimiento y el miedo al cambio. Dado que ha llegado a un

punto de su vida en que necesita, sobre todo, dinero en efectivo y una vía de escape, una salida, Hofmeester decide olvidarse del sentimiento y del miedo.

Corta el atún con fanatismo. Así lo hace el maestro de sushi, *chac, chac, chac*. El pescado debe acoger al cuchillo como un amigo. Se mete un trocito de atún en la boca. Las gambas esperan su arroz en un cuenco.

Esta mañana, Hofmeester ha ido en automóvil a Diemen para hacer la compra en el mayorista. El atún crudo en la boca le resulta agradable. Fresco. Es esencial en la preparación del sashimi.

Su esposa entra en la cocina; lleva bata y chanclas. Le pregunta:

—¿Ha llamado Ibi?

Hofmeester todavía no se ha acostumbrado a la presencia de su mujer. Ella se marchó de casa hace tres años. Hace ya más de tres años. El curso «Cómo hacer sushi y sashimi en casa» no había servido de nada.

Pero en contra de todas las expectativas, regresó. De eso hace seis días. Sería en torno a las siete de la tarde.

Hofmeester estaba en la cocina. Pasaba mucho tiempo allí desde que su esposa lo había dejado, aunque en realidad también antes. Los fogones eran su verdadero lugar de trabajo. Su esposa nunca sintió la necesidad de dedicarse a la cocina. Sus talentos iban más allá de la lasaña, eran más urgentes que la educación. Algo en su vida había pesado siempre más que alimentar a su familia.

Seis días antes sonó el timbre y Hofmeester gritó:

—Tirza, ¿abres?

—Papá, estoy hablando por teléfono —le contestó ella.

Tirza habla mucho por teléfono. Es normal, le han dicho otros padres. Hablar por teléfono puede convertirse en un pasatiempo. Él apenas habla por teléfono. Cuando suena el teléfono, es para Tirza. Y entonces él dice, como un empleado modélico y un padre excelente:

—Puedes llamarla a su móvil. Este es el número.

Aquella noche, Hofmeester estaba preparando una cazuela de pescado al horno. Había sacado la receta de un libro de cocina. A partir del día en que su esposa lo abandonó, Hofmeester fue acumulando una impresionante colección de libros de cocina. La improvisación no le parecía un signo de creatividad, sino de pura pereza. Para él, la receta era sagrada. Una cucharita de café es una cucharita de café. Ahora tenía que quedarse en la cocina. El horno se había precalentado lo suficiente. Acababa de meter la fuente dentro.

—Tirza, ve a abrir —gritó una vez más—. Yo no puedo. Debe de ser el vecino. Dile que pasaré por su casa más tarde. ¡Abre ya, Tirza!

El vecino es un joven no tan joven, pero que oficialmente está soltero y que ocupa el piso superior de la casa que Hofmeester adquirió tan ventajosamente a finales de la década de los setenta. El joven, que estudia para notario, se queja con regularidad de todo tipo de cosas, casi siempre de las mismas: los malos olores en el cuarto de baño. Al menos una vez por semana, llama a la puerta para quejarse y lamentarse.

Hofmeester le promete una y otra vez que lo arreglará, pese a que dos fontaneros de confianza le han explicado que poco puede hacerse al respecto, salvo que renueve todas las tuberías, algo que le costaría una fortuna. Y él no tiene una fortuna, y si la tuviera, no se le pasaría por la cabeza gastársela en tuberías nuevas.

Aparte de todo lo demás, Hofmeester también es casero.

Oyó que Tirza maldecía, la oyó dirigirse a la puerta de la calle. Después se hizo un silencio y él se concentró en su cazuela de pescado al horno convencido de que el inquilino estaba en la puerta dando consejos no solicitados y profiriendo amenazas apenas encubiertas.

Que si la protección de los inquilinos, que si abogados de renombre, que si comisiones de vivienda. ¿Con qué no lo habrán amenazado aún? En su vida de casero, Hofmeester ha visto de todo, pero nunca han conseguido hacerle morder el polvo. Hofmeester el depredador ha contraatacado a las autoridades, a los inquilinos, y a la ley, cuya única finalidad se diría es acabar con él. Hofmeester el depredador es duro de pelar.

Un minuto más tarde, seguro que no fue más, Tirza entró en la cocina. Le pareció que su hija estaba pálida y desconcertada. Aunque seguramente, eso se le había ocurrido más tarde y ella siempre tenía ese aspecto. El desconcierto había aparecido en su cara sin que él se percatara de ello, y nunca se volvió a ir.

—Es mamá —dijo.

Intuitivamente, él sacó la cazuela del horno y apagó el gas. Se la quedó mirando. Bacalao con patatas. Un plato sencillo, pero delicioso. Sabía que aquello duraría mucho. Aquello no era un mal olor en el cuarto de baño del inquilino. Por una vez, aquello no eran las alcantarillas, sino la madre de sus hijas.

Aunque las esposas no pagaran alquiler, se quejaban igual que el inquilino, con quien el casero estaba, por definición, en pie de guerra. Lo que tienen en común las esposas con los inquilinos es la queja, el reproche. La amenaza. El incordio. Y detrás de todo eso se esconde, como una enfermedad, la dependencia.

Él se había sacado de encima a comisiones de vivienda, inspectores y abogados, y los había mandado a paseo, pero la mujer que se escondía detrás de la olvidada palabra «mamá», la madre de sus hijas, nunca había dejado que alguien la mandara a volar. Era más peligrosa que la comisión de la vivienda, más lista que el inspector de salubridad.

Hofmeester se dirigió a la puerta sin soltar el paño con el que había sacado la cazuela del horno. Le sorprendió que

ella hubiese venido precisamente esa noche. A la hora de la cena.

Durante los primeros meses tras su desaparición, en realidad durante todo el primer año, él contaba casi cada día con la posibilidad de que regresara. A veces, llamaba desde el trabajo a casa para ver si ella descolgaba el teléfono. A fin de cuentas, ella seguía teniendo las llaves y él no había cambiado las cerraduras. No podía creer que no volvería nunca más. No podía imaginarse que estuviera dispuesta a cambiar esta casa por otra mucho peor, más banal, más insignificante. Una casa flotante, le habían dicho.

Pero con el paso del tiempo tuvo que admitir que sus suposiciones eran incorrectas, pues ella no volvió. Ni siquiera se tomó la molestia de ponerse en contacto con él o de volver por el resto de sus cosas. Se había ido y no regresaría. Él aprendió a vivir con el silencio que ella había dejado, tal como antes había vivido con su presencia.

Al principio, su esposa tenía contacto esporádico con su primogénita, Ibi. Se reunían en la ciudad, en un bar donde se encontraban las personas que no querían ser vistas. Pero más tarde, ni siquiera eso. Hofmeester no se enteraba de gran cosa sobre esos encuentros y tampoco interrogaba al respecto a Ibi, que en realidad se llamaba Isabelle, pero a la que, desde su nacimiento, todos llamaban Ibi. No, lo que Ibi hablaba con su madre era secreto.

Tirza no quería tener nada que ver con su madre, y desde su partida, la esposa no había intercambiado una sola palabra con él, el padre de sus hijas. Ni siquiera por carta o por correo electrónico. Hofmeester sabía que estaba viva, que después de la casa flotante se había ido al extranjero, pero poco más. En el extranjero se iniciaba el agujero negro. Y él lo lamentaba.

A medida que se prolongaba el silencio, más lo lamentaba él. Descubrió que el tiempo no cura las heridas, sino que las abre, provoca intoxicaciones e inflamaciones.

Tal vez la muerte pusiera fin a todo el dolor, pero el tiempo no.

Por supuesto, Hofmeester podría haberla llamado o podría haberle enviado una postal, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Tenía su orgullo, esperó en silencio a que ella se diera cuenta de su error. Un amor de juventud en una casa flotante, eso tenía que ser por fuerza un error. No podía ser de otro modo. De hecho, la propia casa flotante era una equivocación. Él siguió viviendo tranquilamente, a la espera de que su esposa recapacitara.

Al principio, él continuó viviendo con sus dos hijas. Pero después de medio año, la mayor hizo lo que había visto hacer a su madre y se fue de casa.

En los primeros meses, cuando sonaba el timbre por la noche, él se sorprendía pensando: es ella, mi esposa ha vuelto. Pero paulatinamente, la espera se convirtió en un ritual, una costumbre sin contenido, y junto con la espera desapareció la esperanza. La madre de sus hijas se había marchado. Era un hecho y los hechos se llaman así porque suelen ser inmutables.

Pero ahora ella estaba allí, en todo su esplendor, con o sin hecho. En el vestíbulo. Con la misma maleta con la que se fue. Una maleta roja con ruedas. Se había ido sin aspavientos, su marcha no se había convertido en un drama, su marcha no.

Ver a su esposa le afectó más de lo que habría podido sospechar cuando dejó la cazuela sobre la encimera de la cocina. ¿Por qué? Se preguntó Hofmeester. ¿Por qué esta noche? ¿Qué había pasado? No comprendía esta visita, y él era un hombre al que le gustaba comprender las cosas. Detestaba lo irracional, al igual que otras alimañas.

Aquello no saciaba en absoluto su necesidad de consideraciones racionales que conducían a comportamientos sensatos. Le asaltaron pensamientos indeseados. Tenía que reconocer que ya se había puesto

nervioso cuando su hija pronunció la palabra que había dejado de existir en ese hogar. Mamá.

Lo que Dios era para los ateos, lo era mamá para la familia Hofmeester. Nadie hablaba de la madre que se había largado. Nadie pronunciaba la infame palabra. Nadie decía: «Cuando mamá aún vivía con nosotros...» Ni siquiera en las reuniones de padres, a las que él asistía con fanatismo, se hacía ya referencia a la mujer que era la madre de sus hijas. Lo aceptaban como un padre soltero, hasta el punto de que su entorno fingía que Hofmeester no había sido otra cosa desde su nacimiento. Que desde niño estaba destinado a ser eso. Diseñado a convertirse en padre soltero. Y, todo hay que decirlo: él había crecido en su papel.

No había mamá. De ese modo la palabra dejaba de tener legitimidad. Ahora, él era padre y madre en uno. El único y por ello también el auténtico, el que quedaba, y con el que todo sería mejor.

Cuando se encontró frente a ella, Jörgen Hofmeester se dio cuenta de que estaba excitado. No solo en el sentido sexual de la palabra, sino también excitado como se está antes de un examen, aunque se sepa que se ha estudiado bien. Muchas cosas podían salir mal. Eso le contaba la adrenalina, eso le susurraba la concentración con la que él la observaba: muchas cosas pueden salir mal.

La observó, primero su cara y luego su maleta. Por un instante sintió la tentación —en su caso incomprensible— de estrecharla en sus brazos y mantenerla así durante minutos enteros. Sin embargo, lo único que hizo fue apoyarse con la mano derecha a la pared, en una pose casi despreocupada. El paño de cocina le colgaba de la mano izquierda. Hofmeester era un hombre que se había pasado la vida buscando una actitud, y ahora que esa vida estaba casi acabada, todavía no la había encontrado. Un hombre sin actitud, aunque con un paño de cocina.

Lo único que podía pensar era: siempre sucede cuando menos te lo esperas. Como si solo sucediera porque no te lo

esperabas.

¿Cuánto tiempo no había deseado esto? Que ella llamara a su puerta. A lo largo de los años, ella se había ido otras veces, pero siempre había vuelto. Al cabo de unos días o de unas semanas, pues sus caprichos nunca duraban más de dos meses. Un buen día, regresaba a casa. Sin vergüenza, sin una palabra de arrepentimiento, altiva, un pelín agresiva, pero allí estaba frente a su puerta. La última vez no pasó eso, la última vez fue distinta a todas las anteriores. La última vez fue definitiva.

Y ahora, ahora que él ya no lo esperaba, ahora que él ya no necesitaba esperar, porque las niñas eran lo suficientemente mayores como para arreglárselas sin ella, y él lo suficientemente viejo para poder pasar por un joven viudo, ella había llamado a su puerta como si fuera lo más normal del mundo. Y quizá lo era. Ella seguía siendo la madre de sus hijas. Había vivido años en esa casa, primero solo con él y después con él y las niñas. Tal vez solo quisiera controlar cómo estaban sus cacharros de cocina o tal vez solo venía para admirar el manzano de su marido que, de hecho, había crecido mucho.

Hofmeester contempló a la mujer que en un momento dado afirmó que él le había arruinado la vida, no solo arruinado, sino arrebatado. Él no la dejaba vivir. Como un mago, había soplado tres veces y ya está: la vida de su mujer había desaparecido. Ella quería que se la devolviera. Por ello se había ido. Había salido de la casa, como los señores de la comisión de vivienda: con calma y sin rencores. Él le había preguntado:

—¿Te pido un taxi?

Pero ella le había contestado:

—Iré en tranvía.

Después, él cerró la puerta y fue a sentarse en el salón, con el diario de la tarde en el regazo.

—Pensé venir a ver cómo te iba —le dijo ella mientras se apartaba algunos cabellos de la cara.

Aunque todo en ella indicara lo contrario —sus movimientos, su presencia, su seguridad y su convencimiento de que era el momento perfecto para volver a comprobar cómo le iba a su familia, de que no podría haber elegido un mejor momento, mientras esbozaba una débil sonrisa, con las gafas subidas a la cabeza—, él detectó en su voz que también ella estaba nerviosa. Tan nerviosa como él. Quizá había pasado tres veces delante de la casa antes de decidirse a llamar. Seguramente hacía semanas que había vuelto a Ámsterdam y lo había espiado mientras iba al trabajo, cuando cargaba con las compras y de noche, mientras acompañaba a Tirza hasta la bicicleta, cuando ella salía de casa para visitar a su novio. Y seguro que su esposa lo había visto quedarse allí de pie mirando cómo Tirza se iba en bicicleta y permanecer allí después mirando la calle y el parque.

Un hombre delante de su casa. Eso era él en esas noches. No, un hombre entrado en años delante de su casa. Frente al espejo del cuarto de baño se familiarizó con la sensación de mirar algo que había acabado. Y era un alivio. Lo que lo consolaba de su existencia era lo que quedaba a sus espaldas. Si buscaba lo suficiente, seguro que volvería a encontrar su vida en su pasado.

Su esposa también debería saber eso. Debería saberlo todo, opinaba Hofmeester. Y por ello le asombró aún más que esa noche ella hiciera lo que debería haber hecho antes o dejado para siempre: llamar a la puerta, presentarse en su casa con una maleta roja con ruedas.

Él no comprendía que quería de él. Sexo seguro que no. Nunca había sido una madraza. Tampoco podía saber que él había aprendido a cocinar tan bien. Eso era algo de después de que se fuera. ¿Qué podía querer de él a estas alturas de su vida? Fuera cual fuera el motivo de su regreso, no era él. No la persona en que él se había convertido. ¿Tal vez la que había sido? Pero lo que él había sido, lo que ellos habían

sido, ya no era reproducible. Se mirara como se mirara, ella llegaba demasiado tarde.

Hofmeester apartó la mano de la pared y la observó. Trabajar en el jardín había dejado huellas. Seguía buscando la actitud adecuada. Quería causar la impresión de un hombre que conversa con el cartero: interesado pero algo distraído, como siempre se habla con los carteros.

La gente se marcha por un motivo, eso es seguro. Y vuelve por un motivo. Uno no se presenta en casa por casualidad al cabo de tres años. Si esto era una ocurrencia, ¿qué debía de ser entonces el resto de la vida?

Él tenía que preguntarle sin ambages qué quería de él. Por un momento consideró la posibilidad de decirle: ¿Es urgente? Tengo que meter algo en el horno.

La esposa no había cerrado la puerta. Hofmeester podía ver la calle detrás de ella.

—¿Cómo has venido hasta aquí? —le preguntó.

Avanzó un poco, pasó delante de ella, la olió, siguió hasta salir a la calle vacía. Miró a izquierda y a derecha como si creyera que allí fuera pudiera haber un amante esperando educadamente mientras ella lo inspeccionaba todo. Un hombre apuesto con ojos azules. Juvenil. El tipo para el cual el deseo sexual es una molestia con la que otros le incordian a diario. Él conocía a esos tipos, lo visitaban en sus sueños, salpicaban la historia de su vida: el otro hombre que permanecía invisible, pero que siempre estaba allí, cada segundo del día.

A lo lejos, en la esquina, un niño jugaba con una pelota de tenis. No había ningún amante. Ningún amor de juventud. Era una noche a principios de verano. Una de tantas noches. Aquel prometía ser un verano cálido, húmedo y bochornoso, ideal para los amantes del sol. Hofmeester no era un amante del sol.

—En taxi —le contestó ella.

Acto seguido, él volvió a entrar en casa y cerró la puerta. Recogió un folleto publicitario. ¿Qué necesitaba ella? ¿Qué

venía a reclamar? Las niñas eran demasiado mayores. Ya no eran de nadie. Tenían novios a los que se referían con seriedad y sobre los que pensaban con aún mayor seriedad. Novios con los que podían imaginarse que pasarían el resto de sus vidas. Él había captado alguna vez conversaciones sobre compromisos, que ni siquiera eran irónicas. Con anillos y todo. El matrimonio estaba iniciando una ofensiva. Era una institución indestructible. Ninguna guerra podía con él. La bomba atómica, tal vez.

Pero los ojos de su esposa rebatían las reservas de él. Lo miraba amablemente, casi con dulzura. No parecía enfadada ni distante, quizá no viniera a exigirle nada. Estaba emocionada y él no podía hacer como si no se hubiese percatado de ello.

Sospechó que ella estaba viendo su pasado y que pensaba: Dios, ¿he vivido todos estos años aquí? ¿Es este el hombre con el que he pasado más de dos décadas, intermitentemente, pero aun así? ¿Era esa mi vida? Su esposa veía algo que era innegablemente de ella y que, no obstante, no lograba identificar.

Ese reencuentro provocó en Hofmeester el deseo de reírse. De soltar una larga risotada para liberarse de una tensión que lo confundía. El malestar desemboca primero en la risa, después en el silencio, más tarde en el sexo hasta que finalmente vuelve el silencio. Sin embargo, la risa que iba a romper con todo, incluido el pasado, no llegó. En su rostro no apareció ni siquiera una sonrisa.

Ahora que, después de años, volvía a tener delante a la madre de sus hijas, se acordó del nacimiento de Tirza. La espera en el hospital. No quedaban habitaciones individuales libres. Aquella noche, unas diez mujeres habían decidido parir al mismo tiempo. A primeras horas de la mañana, él había vuelto a casa. No había podido soportarlo. Había huido de la sangre y en casa había preparado la cuna, mientras esperaba una llamada del hospital.

—¿Vienes de lejos? —preguntó.

—De la estación.

El barrio había tachado de escandalosa la marcha de su esposa. Durante meses había sido la comidilla de los vecinos. No se hartaban de hablar de ella. Eran progres, odiaban el imperialismo, pero no estaban dispuestos a que les quitaran la posibilidad de murmurar. Por orgullo, él la había defendido en la medida de lo posible cada vez que los cotilleos llegaban a sus oídos en la carnicería, la verdulería o simplemente en la calle. «La situación era insostenible — solía decir entonces—. Es lo mejor para las niñas». Hofmeester fingía que todo había ido bien. Había desmantelado, con una ligera ironía, la desaparición de su esposa. Y cuando la gente le preguntaba si no era difícil para las niñas, él decía sonriendo: «Gran parte de su ropa sigue en el armario de casa, así que el día menos pensado volverá a aparecer en la vida de sus hijas».

Pero, pese a la ropa, no volvió a aparecer. Hasta esa noche, hacía seis días.

Sigue teniendo un aspecto bastante bueno, pensó él. Está menos maquillada. Más morena, eso sí, como si fuera a menudo a un salón de bronceado.

—¿Llego en mal momento?

Ella formuló la pregunta sin rastro de sorna. Él volvió a mirar la maleta. La maleta también seguía teniendo un aspecto bastante bueno. Después de todos aquellos años.

—Estaba cocinando, pero tampoco me atrevería a decir que es un mal momento. A fin de cuentas, ¿qué es un mal momento?

Ella se le acercó como si quisiera abrazarlo. Todo quedó en un apretón de manos, uno bien fuerte.

—Me preguntaba cómo estarías —le dijo—. Y cómo estaría Tirza.

Al pronunciar ese nombre esbozó una sonrisa tímida y triste. Y cuando él oyó el nombre de su hija menor se

encogió como si hubiese recibido un fuerte latigazo en la espalda.

Tirza, ¿cómo estaría Tirza?

Esa era la emoción que él había detectado. Ella se había marchado, pero por lo visto echaba algo de menos. Faltaba un pedazo de su vida. De repente, un día, había dejado de ver crecer a sus hijas. Conocía la pubertad de su hija pequeña principalmente de oídas y tal vez ni siquiera eso.

Y ahora que ella se había visto cara a cara con esa hija, se daba cuenta de la consecuencia de su vida.

Le soltó la mano.

Hofmeester se la secó lo más disimuladamente posible frotándosela en el pantalón. El sudor de otra persona lo angustiaba. Le resultaba demasiado íntimo. Cuanto más invulnerable parecía el otro, más fácil le resultaba a él comportarse como un depredador. Si algo había aprendido de su vida como casero era que el inquilino no debía convertirse en un ser humano, pues los seres humanos te debilitaban. Te hacían ceder hasta que les decías: «Haré que arreglen esto y aquello. ¿Una nueva cama?, pues claro que sí. Un nuevo armario, ¿por qué no?». Hofmeester alquilaba el piso de arriba amueblado. El mobiliario le permitía deshacerse del inquilino si era preciso sin demasiado papeleo legal. Ya solo por ello, el inquilino no debía convertirse en un ser humano, pues de lo contrario Hofmeester notaría surgir el sentimiento de su interior como el hipo y le resultaría imposible deshacerse de él sin miramientos. Detestaba la debilidad. Odiaba la debilidad.

El sudor de su esposa era sudor débil. Por ello tenía que secárselo. Volvió la vista como si esperara encontrarse a Tirza detrás de él, pero Tirza no estaba. Estaba arriba, en su cuarto, hablando por teléfono. O en la cocina, callada y escuchando la conversación. Como una espía consumada. Él recordó de nuevo los días, las horas que habían precedido al nacimiento de su hija. Qué extraño que aquel nacimiento se le hubiese quedado grabado en la memoria mucho mejor

que el de su primogénita. Incluso recordaba la cara del ginecólogo. Un hombre al que él le había entregado después una botella de buen vino, de al menos treinta euros, mientras sostenía a Tirza en brazos.

—Aquí la tiene —le había dicho mostrándole un bebé arrugado con algunos mechones de pelo castaño, como tantos otros bebés arrugados.

Tirza había llegado al mundo arrugada y las arrugas tardaron mucho en desaparecer. El ginecólogo aceptó el vino y le dio la enhorabuena al padre y acto seguido añadió:

—A menudo, los partos difíciles traen algo hermoso, algo muy especial.

Mientras decía esto, el ginecólogo lo miraba como si le estuviera revelando un secreto profesional.

—Estamos bien —contestó Hofmeester.

El paño de cocina se balanceaba sobre su brazo, en la mano izquierda sostenía el folleto publicitario que plegó varias veces y después se metió sin pensarlo en el bolsillo del pantalón.

—Estamos muy bien —repitió—. Tirza lo ha aprobado todo. Dos nueves. Ochos. Algún que otro siete. Nada por debajo de siete. La semana que viene dará una gran fiesta.

Lo contó con orgullo, pero cuando acabó de hablar se dio cuenta de lo absurdo que era tener que explicarle esto a la madre de Tirza. Así que esto era por lo que el barrio había hablado mal de ella y quizá también de él. No debes convertirte en un extraño para tus hijos. Ellos sí para ti, pero no al revés.

Ahora que ya no tenía ningún folleto publicitario en la mano, podía tirar a gusto de su labio inferior, cosa que hacía a menudo cuando no comprendía algo, cuando no lograba solucionar algo.

—Eso está bien —dijo ella—. Esos nueves. Pero no esperaba menos. ¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué asignaturas le han dado esos nueves?

—Por latín. Y por historia. ¿No lo sabías? ¿No te has enterado de nada? ¿De nada en absoluto?

Su ignorancia lo asombraba, incluso lo irritaba un poco. Alguien que ha decidido regresar, aunque sea temporalmente, debería haberse informado de forma discreta sobre la situación actual de sus hijas y su marido. Seguro que este regreso había sido un arretrato, como tantas cosas en su vida.

—¿Quién tendría que habérmelo contado? ¿Ibi? Hace un montón que no hablo con ella. Nunca me llama.

Él advirtió que ella miraba la mano con la que él se agarraba el labio inferior. Sabía que la molestaba ese viejo tic nervioso y paró.

«Nunca me llama». Su esposa opinaba que las niñas tenían que llamarla. Y no al revés. Todo giraba en torno a ella.

—Si no molesto —dijo ella—, ¿te parece bien que entremos?

Era cierto que estaban cada vez más incómodos en el pequeño vestíbulo.

—Pasa —dijo él—. Acabo de meter algo en el horno. Quiero decir... Ya no está en el horno, pero antes sí.

Ella lo miró. Ya había agarrado el asa de la maleta dispuesta a entrar en el cuarto, pero entonces la soltó y dijo:

—Comprendo lo que quieres decir. Comprendo exactamente lo que quieres decir. Eres como, bueno, como siempre. No has cambiado.

Con eso no habían contado los cristianos y otros creyentes. Con que el reencuentro con los muertos en el paraíso pudiera acabar siendo una aventura de lo más incómoda. Conversaciones de cortesía en el cielo. Un apretón de manos que tendría que haber sido un abrazo.

Sin decir una palabra, él la ayudó a quitarse el impermeable, un impermeable azul que no conocía. No era barato, eso se veía enseguida. A ella no le gustaban las

cosas baratas. Colgó el abrigo con esmero. Poco a poco, Hofmeester recuperaba la calma. Lo volvía a tener todo bajo control. La vida era así. Las personas desaparecían. Y a veces, volvían a aparecer una noche a principios de verano. Justo en el momento en que habías metido la cazuela en el horno, pero, claro, eso no podían saberlo ellas. Cuando volvías la vista atrás desaparecía la cuidadosa planificación, se hacían visibles las ocurrencias, salían a la luz las coincidencias y las circunstancias se conjugaban allí donde miraras.

Justo ahora que él era la calma y la tranquilidad en persona, ella parecía dudar.

—¿O hay alguien? —preguntó—. ¿Tienes a alguien?

Hofmeester oyó que su hija menor venía hacia ellos desde la cocina. Tal como sospechaba, los había estado escuchando. La curiosidad es un signo de inteligencia, pero un hijo inteligente significa también que los padres han de estar siempre alerta. Con un hijo inteligente nunca se sabe quién le toma el pelo a quién. Tirza lo fulminó con la mirada y se fue escaleras arriba. Pasó por delante de su madre, por delante del impermeable azul de su madre que colgaba tan llamativamente del perchero.

—¿Que si tengo a alguien? —preguntó Hofmeester después de que su hija hubiese cerrado ruidosamente la puerta de su cuarto. Se echó a reír—. ¿Que si tengo a alguien? No, no realmente. No. Vivo aquí con Tirza. Por supuesto, ella es alguien, pero no como eso a lo que tú te refieres.

Hofmeester siguió riéndose. No podía parar y se avergonzaba.

—Pasa —dijo cuando por fin acabó de reírse.

La precedió hasta el salón. Él se detuvo junto al sofá, pero ella no se sentó. Se dio la vuelta como si quisiera mirarlo todo bien. Como si hubiera alguien más, un extraño, en esta habitación donde había vivido tanto tiempo, donde había estado sentada por las noches, con él, sola y con

invitados, donde habían dado fiestas, donde había colocado cunas y parques, donde sus hijas habían gateado por el suelo, donde ella había pintado de vez en cuando naturalezas muertas.

—No ha cambiado mucho —dijo—. Tú tampoco. Como ya he dicho. En realidad nada. ¿Has hecho pintar las paredes?

—El librero es nuevo, como podrás ver. Esta silla también. La eligió Tirza. Sí que han cambiado cosas —dijo.

Ignoró deliberadamente su pregunta. Quien hace como que no ha oído una pregunta, tampoco puede meter la pata. Como casero, él no oía la mayoría de las preguntas. El despiste era una excusa con la que podía aguantar años.

Ella no miró la silla que había elegido Tirza ni el librero, sino que se puso delante de él y lo examinó. Como un cuadro en un museo que solo conoces por las postales y los catálogos y ahora te encuentras delante del original, e intentas comprender por qué de pronto te decepciona un poco. No mucho, solo un poquito.

—No has pintado las paredes —dijo ella tras unos segundos—. Lo veo: poco a poco se están poniendo amarillas. Por dentro no cuidas debidamente de la casa. Una casa debe cuidarse también por dentro. En cambio, tú te has conservado bien.

Sonaba satisfecha. Aunque también asombrada. ¿Con qué esperaba encontrarse? ¿Con un alcohólico? ¿Con un paciente? ¿Con manos temblorosas, una dentadura postiza que encajara mal? ¿Un viejo decrepito con momentos de lucidez? ¿Uno que en esos momentos de lucidez no tuviera nada mejor que hacer que pintar las paredes, barnizar el parqué y renovar las cloacas?

Al parecer, el hecho de que él se las hubiese arreglado sin ella superaba sus expectativas, pero también la decepcionaba. Igual que la falta de una mano de pintura en las paredes.

Había una coincidencia más que casual entre el inquilino y la esposa. Ambos encontraban siempre algún techo que

necesitaba una mano de pintura, siempre se topaban con algo en la casa que debía reemplazarse. No tenían ni idea de dinero. No podían imaginarse cuánto pedían hoy en día los albañiles por una horita de trabajo. Siempre había una queja, en el caso de la esposa una queja que encima se disfrazaba de amor.

Ella retrocedió un poco.

—¿Estás contento de verme? —preguntó.

La pregunta lo pilló por sorpresa. De hecho, lo apabulló.

—Contento —dijo Hofmeester mirando su reloj—. Sí, estoy contento, pero también estoy cocinando. De haber sabido que vendrías, habría preparado más. Podrías haber llamado. Seguimos teniendo el mismo número. Pero... —tuvo que hacer una pausa, no por la emoción, sino porque tenía que reflexionar sobre lo que quería decir realmente—. Me alegro de verte. Uno siente curiosidad, al menos yo sí.

A Hofmeester le asombraba que no le hubiesen salido las palabras que esperaba pronunciar al reencontrarse con esta mujer, de hecho ni siquiera se le habían ocurrido. Ahora que por fin podía pronunciarlas, las había olvidado. Quería parecer encantador. Fuerte. El junco no solo no se había roto, sino que ni siquiera se había doblado.

—¿Curiosidad por qué?

—Por ti —le dijo él—. Por saber cómo te va. Lo que haces. Cómo vives. Cómo te ha ido.

—¿Cómo vivo? Entonces, ¿por qué no me has llamado nunca? Ni una sola vez en estos tres años. Yo te lo habría contado. Con todo lujo de detalles. No lo habría mantenido en secreto. Si te hubieses tomado la molestia de llamarme.

Era típico de ella: desaparecer y esperar que él fuera detrás suyo corriendo para recabar información sobre sus venturas y desventuras, y para preguntarle si necesitaba algo.

—No me pareció bueno llamarte —dijo Hofmeester—. No quería importunar. Si tienes mucha hambre, puedo freírte un huevo. Además, no tenía tu nuevo número.

—No he venido aquí a cenar —dijo ella ocupando asiento en el sofá en el que se sentó durante años.

Hofmeester lo había vuelto a tapizar. Tirza había elegido la tela. Él escogía muchas cosas con Tirza.

—¿Tal vez te apetezca algo que no sea un huevo?

—Jörgen, no tengo hambre —no lo dijo, lo constató con énfasis.

—No hace falta tener hambre para comer. Estoy preparando mi cazuela de pescado al horno. Es famosa. Les encanta a las amigas de Tirza. No comemos porque tengamos hambre, comemos porque es la hora de comer.

Lo dijo como un profesor que intenta recomendar un libro pese a saber que los alumnos lo van a odiar.

Aquel tono debía de resultarle familiar a ella, era el tono del corrector, el tono de alguien cuya vida consiste en detectar los errores del otro.

—Yo no —dijo ella—. No como porque sea la hora de comer. Ya no obedezco normas idiotas. Como porque me apetece. No he venido aquí por tu cazuela de pescado.

Entonces encendió un cigarrillo. Tenía un bolso nuevo y un pelín demasiado moderno y juvenil para su edad. Lleno de adornos. Hofmeester pensó en los bolsitos de las amigas de Tirza. Después de las fiestas, él se las encontraba a primeras horas de la mañana en la cocina con sus bolsos llenos de abalorios o trocitos de vidrio, hoy en día todo servía de adorno. Hofmeester les pedía disculpas cuando entraba en la cocina en pijama y veía a Tirza y a sus amigas felices, apestando a humo y a veces a comida podrida. Él se servía rápidamente un vaso de leche o cogía una manzana del frutero y corría a refugiarse en su dormitorio o, cuando hacía buen tiempo, en el cobertizo, donde se sentaba, entre el rastrillo y la motosierra, hasta que las chicas se hubiesen ido a la cama o a sus casas. Tirza era popular. Alguna que otra vez, Hofmeester se había encontrado a chicos extraños en el cuarto de baño, chicos que no conocía y que ni siquiera le habían sido presentados, pero que se habían